

—¿Ese Nanet sigue dándoles á ustedes qué hacer?— preguntó Lucas á Scurette.—Es el diablo ese chiquillo.

La joven sonrió con aire indulgente.

—Sí, no siempre anda derecho. Pero otros hay tan enredadores. Se empujan, se pegan, y obedecen mal. Pero así y todo son excelentes diablillos; Nanet es un famoso galopín, muy valiente y muy cariñoso... pero cuando están quietos nos asustan, nos figuramos que están malos.

Después de las clases, al otro lado del jardín, estaban los talleres de aprendizaje. Había cursos de los principales oficios manuales, los niños se ejercitaban en ellos, menos por aprenderlos á fondo que por conocer su conjunto y determinar así la vocación. Tales cursos se simultaneaban con los estudios propiamente dichos. Desde las primeras nociones de lectura y escritura se ponía un útil en manos del niño, enfrente, al otro lado del jardín; y si por la mañana estudiaba gramática, matemáticas, historia, cultivando su inteligencia, por la tarde trabajaba con los menudos brazos para dar vigor y destreza á los músculos. Eran como útiles recreos, descanso del cerebro, plácida lucha de actividad. Se había admitido el principio de que todo hombre debe saber un oficio mecánico, de suerte que cada alumno al salir de las Escuelas no tenía más que escoger el oficio que le gustase para perfeccionarse en él en el taller verdadero. También se cultivaba la belleza; los niños pasaban por cursos de música, de dibujo, de pintura, de escultura en los cuales, para las almas despiertas, nacían las alegrías de la existencia. Aún para los que habían de limitarse á los primeros elementos, era aquello un ensancharse el mundo; la tierra entera adquiría una voz, las vidas más humildes se embellecían con un esplendor. En el jardín, al acabar los días hermosos en las brillantes puestas de sol se reunía á los niños, se les hacía cantar estrofas de paz y de gloria, se les exaltaba con espectáculos de verdad y de inmortal belleza.

Terminaba Lucas su visita diaria, cuando vinieron á

anunciarle que dos aldeanos de Combettes, Lenfant é Ivonnot, le esperaban en la oficina que daba á la gran sala de juntas.

—¿Vienen por la cuestión del arroyo?—preguntó Scurette.

—Sí,—respondió Lucas,—me han pedido una entrevista, pero yo también deseaba mucho verlos, pues he vuelto á hablar con Feuillat el otro día, y estoy convencido de que es necesario que se entiendan la Crêcherie y Combettes, si queremos vencer. Le escuchaba la joven sonriendo, pues no ignoraba ninguno de sus proyectos de fundador de un pueblo; y después de estrecharle la mano, se volvió con paso discreto y tranquilo hacia las cunas blancas, de que había de salir el pueblo futuro que se necesitaba para realizar aquel sueño.

Feuillat, el colono de la Guerdache había acabado por renovar su arriendo con Boisgelin, en condiciones desastrosas para ambas partes. Había que vivir, como él decía; y el sistema del arrendamiento se había hecho tan defectuoso que no podía dar buenos resultados. Era hasta la bancarrota de la tierra. Por eso, Feuillat de un modo sordo, como hombre testarudo, dominado por una idea que á nadie decía, continuaba provocando un experimento cuyo ensayo hubiera querido ver cerca de su casería: la reconciliación de los aldeanos de Combettes, separados por antiguos odios, la reunión, en cultivo común, de sus pobres terrones divididos á lo infinito; la creación de un vasto dominio único de donde sacaran toda una riqueza aplicando los principios del gran cultivo intensivo.

Y como era hombre de trastienda, si el ensayo salía bien, pensaba decidir á Boisgelin á dejar que entrasen sus tierras en la asociación nueva. Si se negaba, los hechos acabarían por obligarle. Había en Feuillat, callado, doblegándose á la servidumbre inevitable, algo de un apóstol astuto y pacienzudo, resuelto á ganar el terreno paso á paso, sin cansarse. Su primer éxito bueno había sido re-

conciliar á Lenfant y á Yvonnot, cuyas familias vivían en disputa secular. Elegido Lenfant alcalde por el concejo, y el otro *adjunto*, les había hecho comprender que ellos serían los amos el día que estuvieran de acuerdo. Después, los había llevado lentamente á su idea de una inteligencia general, si el concejo quería salir de la desastrosa rutina en que vegetaba y encontrar en la tierra una fuente de fortuna inagotable. Justamente por entonces se fundaba la Crêcherie, y la ponía por ejemplo hablando de su prosperidad creciente.

Llegó á poner en relación á Lenfant y á Yvonnot con Lucas, aprovechando una cuestión de aguas que hubo que arreglar entre Combettes y la Chêcherie. Por esto el alcalde y su adjunto estaban en la fábrica aquella mañana. Al punto Lucas les concedió lo que venían á pedir, con un aire bonachón que los tranquilizó un poco á pesar de su continua desconfianza.

—Convenido Señores. La Crêcherie canalizará en adelante todas las aguas que ha recogido entre las peñas, y dejará ir las que no emplee al arroyo de Grand-Jean que atraviesa vuestro concejo, antes de unirse al Mionna. Con pocos gastos, si haceis depósitos, tendréis un poderoso medio de riego, y triplicaréis la calidad de vuestras tierras.

Lenfant, gordo y pequeño, meneó la cabezota con aire de lenta reflexión.

—Eso, de todos modos, costará mucho dinero.

Pequeño y flaco, de cara muy morena, con boca de mal genio, Ivonnot exclamó:

—Y luego señor, lo que nos inquieta, es que, la tal agua al repartirla, vá á ser causa otra vez de que todos nos enredemos. Usted es un buen vecino, sin duda, por que nos la dá, y se lo agradecemos. ¿Pero como conseguir que cada cual tenga la parte que le toca, sin creer que los demás le roban?

Lucas sonreía, alegrándose de tal pregunta que iba

permitirle tratar el asunto que le preocupaba y por el que había deseado tanto verlos.

—Pero el agua que fecunda, debe ser de todos, como el sol que alumbrá y calienta, como la tierra misma que enjendra y alimenta. En cuanto al mejor medio de reparto, es no repartir, dejar en común lo que la naturaleza dá en común á todos los hombres.

Los aldeanos comprendieron, callaron un instante; los ojos en el suelo.

Lenfant, el más reflexivo, tomó la palabra.

—Sí, sí, ya sabemos; el colono de la Guerdache nos ha hablado de eso... Claro que es una buena idea esa de entenderse todos como han hecho ustedes aquí; juntar el dinero y la tierra, los brazos y los aperos, y después repartir los beneficios... Parece seguro que se ganaría más y se estaría mejor... Pero, con todo, habría riesgos que correr, y creo que habrá que hablar mucho todavía antes de vencer á todos, en Combettes.

—Eso de fijo,—apoyó Ivonnot con ademán brusco.—Nosotros dos, ¿entiende usted? estamos casi de acuerdo, y no nos oponemos mucho á las novedades... A los demás habrá que conquistarlos, y ha de costar trabajo, se lo advierto.

Era la desconfianza del aldeano respecto de todas las transformaciones sociales, relativas á la forma actual de la sociedad; y como Lucas la conocía, esperaba la respuesta y continuó sonriendo.

¡Abandonar su pedazo de tierra, que se ha amado tanto durante siglos, de padre á hijo, confundirlo con los pedazos de otros, era como arrancarse algo del alma! Pero los disgustos cada vez más crueles, aquella quiebra del terruño demasiado dividido que sumía á los cultivadores en la desesperación y el despego del trabajo, debían de convencerles de que no hay salvación posible más que en la unión, en la inteligencia de todo el común pudiendo crear un vasto dominio. Habló Lucas; probó que el buen éxito

sería en adelante para las asociaciones, que había que trabajar en grandes campos, con máquinas poderosas para labrarlos, sembrar y recoger, con abundantes abonos, fabricados químicamente en fábricas próximas, con riegos continuos, decuplando las cosechas. Si el esfuerzo del aldeano aislado concluía en el hambre, una riqueza prodigiosa se produciría en cuanto todos los vecinos de una aldea se asociasen para producir en grande, y tener las máquinas, los abonos y las aguas necesarias. Se llegaba a hacer el suelo y se conseguía en él una extraordinaria fecundidad limpiándolo de piedras, abonándolo, regándolo. Se llegaría hasta calentarlo y ya no habría estaciones. Una hectarea bastaría para alimentar á dos ó tres familias. Ya cuando se trabajaba en un campo limitado se obtenían milagros, una continua producción de legumbres y de frutas. La población de Francia podía triplicarse, el suelo alimentaría con holgura si era cultivado con lógica, con la armonía de todas las fuerzas creadoras. Y esto traería también la dicha; tres veces menos de trabajo penoso, el aldeano libertado al fin de las antiguas servidumbres, salvo del prestamista, cuya usura le roe; sin temor de que le aplasten ni el gran propietario ni el Estado.

—Todo eso es muy bonito,—declaró Lurfant con aire reflexivo.

Pero Ivonnot se entusiasmaba más pronto.

—¡Ah caramba, si eso fuera cierto seríamos muy ricos, no probando á ver!...

—Ya véis lo que hemos conseguido nosotros en la Crêcherie,—dijo entonces Lucas, que tenía de reserva este argumento del ejemplo. A penas hace tres años que empezamos, y los negocios van bien; todos nuestros obreros asociados comen carne, beben vino, ya no tienen deudas ni temen el porvenir.—Preguntadles, y sobre todo visitad nuestra fundación, los talleres, las habitaciones, la Casa Comunal, todo lo que hemos construido y creado en tan

poco tiempo... ese es el fruto de la unión; vosotros haréis prodigios en cuanto os unais.

—Si, si, ya hemos visto, ya sabemos;—respondieron los aldeanos.

Y era verdad; habían visitado con curiosidad la Crêcherie antes de hacer llamar á Lucas, calculando las riquezas ya adquiridas, y asombrados de aquella Ciudad feliz que nacía con tanta rapidez; y se preguntaban que provecho sacarían ellos si se asociaban así. La fuerza de la experiencia los penetraba, los conquistaba poco, á poco.

—Pues, bueno, ya que sabeis, la cosa es sencilla,—repliqué Lucas alegre. Nosotros necesitamos pan, nuestros obreros no pueden vivir si vosotros no haceis que salga el trigo necesario. Vosotros necesitais útiles, azadones, carretas, máquinas hechas con el acero que nosotros fabricamos. Y así, la solución del problema es muy fácil; no hay más que entenderse; nosotros os daremos acero, vosotros nos daréis trigo y estaremos todos de acuerdo y todos viviremos contentos. Pues somos vecinos y vuestras tierras lindan con nuestra fábrica, y nos necesitamos unos á otros absolutamente, es lo mejor vivir como hermanos, asociarnos para bien de cada cual, de modo que seamos una sola familia.

Esta honradez sencilla animó á Lurfant y á Ivonnot. Jamás la reconciliación, la necesaria inteligencia entre el aldeano y el obrero industrial se habría planteado tan claramente. Desde que la Crêcherie funcionaba, se desarrollaba, Lucas venía soñando con englobar en su asociación todas las demás fábricas secundarias, todas las industrias diversas que vivían de ella, y al rededor de ella. Bastaba que hubiese allí un foco productor de una materia primera, el acero, para que pululasen las manufacturas. Se trataba de la fábrica Chodorge que fabricaba clavos, la Chausser que fabricaba guadañas, la Miranda que fabricaba máquinas agrícolas; y también de un antiguo tirador, Hordoir, cuyos martinetes, movidos por un torrente, funcionaban to-

davía en la gargantas de los montes Bleuses. Todos estos se verían obligados algún día, si querían vivir, á venir á unirse con sus hermanos de la Crêcherie, sin los cuales no podrían existir. También los obreros de construcciones, los de vestidos, los de la gran zapatería del Alcalde Goumier serían arrastrados, se entenderían, darían casas, vestidos, zapatos, si querían tener en cambio instrumentos y pan. La Ciudad futura no se realizaría más que por este acuerdo universal, la comunión del trabajo.

—En fin, señor Lucas,—dijo Lenfant prudente,—son estos asuntos demasiado graves para decidirse de un golpe. Pero le prometemos pensar en ello, y hacer lo que podamos, para que haya en Combettes la buena inteligencia que hay entre ustedes.

—Eso es, señor Lucas,—apoyó Yvonnot.—Ya que conseguimos reconciliarnos Lenfant y yo, que no es poco, bien podemos emplearnos en procurar que los demás se reconcilien también. Y Feuillat, que es muy largo, nos ayudará.

Al marchar, volvieron á lo de las aguas, que Lucas se comprometía á llevar al Grand-Jeán. Todo se arregló. Llevaban la idea de que les serviría mucho en su campaña para la unión el asunto del riego, que iba á obligar á todo el vecindario á no tener más que un interés y una voluntad.

Lucas, que los acompañaba, les hizo atravesar el jardín, donde les esperaban Arsenio y Olimpia, Eugenia y Nicolás, que habían tenido que traer consigo para enseñarles la Crecherie, de que tanto se hablaba en la comarca. Justamente acababan de salir los escolares de las cinco clases, por ser horas de recreo; lo que animaba el jardín con alegre turbulencia. Las faldas de las chiquillas volaban á la luz del sol, saltaban los muchachos como cabritos; todo era allí carcajadas, cánticos y gritos; el florecer de deliciosa infancia entre el césped y el follaje.

Vió Lucas á Soeurette enfadada y riendo en medio de

un grupo de cabezas rubias y morenas. Estaba en primera fila Nanet, crecido, próximo á los diez años, con su cara redonda, valiente y alegre, bajo la lana enredada de su cabeza de corderillo, color de avena madura. Detrás de él, se agrupaban los cuatro Bonnaire, Luciano, Anthonieta, Zoa, Severiano y los dos Bourron, Sebastián y Marta. Todos delincuentes, sin duda, desde los más jóvenes, que tenían cinco años, á los más viejos, que iban á cumplir diez. Parecía ser que Nanet era el jefe de la banda culpable, pues él respondía y discutía, como galopín de malas pulgas, empeñado en no dar nunca su brazo á torcer.

—¿Qué pasa?—preguntó Lucas.

—Cosas de Nanet, otra vez,—respondió Soeurette.—Habría ido otra vez al Abismo; á pesar de estar prohibido en absoluto; acabó de saber que ayer tarde ha llevado consigo á todos éstos, y esta vez hasta ha saltado por encima de la pared.

En efecto, al extremo de los vastos terrenos de la Crêcherie, una pared medianera los separaba de los del Abismo. Pero había una antigua puerta en el ángulo en que estaba el jardín de los de Delaveau. Solo se cerraba con cerrojo, pero éste estaba siempre echado, y con fuerza, desde que había cesado toda relación.

Nanet protestaba.

—Por de pronto, no es verdad que hayamos saltado todos por encima de la pared. He saltado yo solo, y después he abierto la puerta á los demás.

Lucas, descontento, se enfadó también.

—Ya sabes que más de diez veces se os ha prohibido pasar al otro lado de la pared. Acabaráis por hacernos tener graves disgustos, y os repito, á tí y á todos, que todo eso está muy mal hecho.

Saltándole los ojos, le oía Nanet, conmovido por haberle disgustado, como buen muchacho que era en el fondo, pero sin comprender nada. Si había pasado por encima

de la pared, para hacer entrar á los demás, era porque Nisa Delaveau aquella tarde tenía amigos en casa, Pablo Boisgelin y Luisa Mazelle y un montón de niños de señores, muy alegres, y por esto habían querido jugar todos juntos. Nisa Delaveau le parecía muy amable.

—¿Por qué hemos hecho tan mal?—repitió estupefacto.—no hemos hecho mal á nadie, y nos hemos divertido mucho unos con otros.

Y dijo qué niños estaban allí; contó sin mentir lo que habían hecho. Juegos lícitos, pues no habían roto las plantas ni arrojado á los arriates las piedras de los caminos.

—Es muy amiga nuestra, Nisa,—dijo concluyendo,—me quiere mucho, y yo á ella, desde que somos amigos.

Lucas no quiso sonreír. Pero en su corazón ablandado se levantaba una visión, estos niños de las dos clases fraternizando por encima de las cercas, jugando y riendo juntos, en medio de los odios y las luchas que separaban á los padres. ¿Era que la paz futura de la ciudad iba á florecer con ellos?

—Es posible,—dijo,—que Nisa sea graciosa y que os entendáis bien; pero se ha convenido que ellos se queden en su casa y nosotros en la nuestra, para que nadie se queje.

Soeurette, vencida también por el encanto de aquella inocente niñez, le miró con ojos llenos de paz, tan llenos de perdón, que añadió con dulzura:

—Vamos, hijos míos, quedamos en que no volveréis á las andadas, porque nos disgustaríais.

Cuando Lenfant é Yvonnot se despidieron definitivamente, llevándose á Arsenio y Olimpia, á Eugenio y á Nicolás, que se habían mezclado en los juegos, y marchaban con pena, Lucas pensó en volver á casa, terminada su visita diaria, pero antes se acordó de que había prometido ver á Josina, y resolvió ir á su casa. Buena mañana había sido aquella; se volvía contento latiéndole el corazón de esperanza. Primero, aquel día, la Casa-Comunal, con sus teja-

barnizadas y algunos azulejos que la adornaban, le había parecido de una alegría próspera bajo el límpido sol. Los talleres oían á trabajo provechoso; los almacenes comenzaban á rebosar provisiones. Después venía su esperanza de ver á los aldeanos de Combettes asociarse, ensanchar el experimento, asegurar el triunfo, dando trigo á cambio de útiles y máquinas. Eran también como una promesa que bastaba para alegrarlo todo, las escuelas preparando el porvenir, el jardín en fiesta, lleno del revuelo de los niños, en los que florecía el mañana. Y ahora atravesaba su ciudad naciente, las casitas blancas que brotaban por todas partes, entre la verdura. El constructor que llevaba en sí, gozaba á cada nuevo edificio que se añadía á los otros, agrandando el lugar nacido la víspera ¿no era aquella su misión? ¿cosas y seres animados, no iban á surgir y agruparse á su voz? Sentía en sí fuerza bastante para mandar á las piedras, hacerlas levantarse, alinearse en albergues humanos, en edificios públicos donde alojaría á la fraternidad, á la verdad, á la justicia. Todo aquello no era más que sembrar todavía; estaban en los cimientos, en los tanteos del principio. Pero, en ciertos días de contento, tenía la visión del pueblo futuro y el corazón le cantaba en el pecho.

La casa ocupada por Ragú y Josina, una de las primeras que se habían construido, estaba cerca del parque de la Crecherie, entre la de Bonnarie y la de Bourron.

Atravesaba Lucas la calle cuando distinguió á lo lejos, en la acera, un grupo de comadres en gran conversación; reconoció pronto á la señora Bonnaire y á la señora Bourron, que parecía que daba noticias á la señora Fauchard, que había ido, como su marido, aquella mañana, para saber si la nueva fábrica era la Jauja de que hablaban. Con voz agria y gesto duro, la señora Bonnaire, la Pelos, como la llamaban, no debía de embellecer el cuadro, siempre malhumorada y descontenta, sin poder estar á gusto en ninguna

parte, amargando su vida y la ajena. Al principio parecía alegrarla el que su marido hubiese encontrado trabajo en la Crecherie; pero después de haber soñado con una parte inmediata de grandes beneficios, ahora rabiaba ya, por si tenía que esperar mucho tiempo, y su gran agravio era que aún no llegaba á poder comprarse un reloj que deseaba hacía años.

Babette Bourron, por el contrario, siempre encantada, era inagotable en las alabanzas de las ventajas de su instalación, satisfecha sobre todo porque su marido ya no volvía borracho con Ragú. Entre ambas, la señora Fauchard, más flaca, la sin fortuna y doliente que nunca estaba contenta, parecía perpleja, inclinándose á la Pelos; á creerlo perdido todo; tan convencida estaba de que para ella ya no había dicha posible en el mundo.

El ver á la Pelos y á la Fauchard murmurando así, era son de queja, desagradó á Lucas; se le agrió el buen humor, pues no ignoraba el trastorno que las mujeres amnazaban traer á la futura organización de paz, de trabajo y de justicia. Comprendía que eran omnipotentes; por ellas y para ellas hubiera querido fundar su ciudad, y perdía valor cuando se encontraba con las malas, hostiles, ó siquiera indiferentes, que en vez de ser el auxilio esperado, podían convertirse en obstáculo, en elemento destructor, en paz de aniquilarlo todo. Saludó al paso, mientras las mujeres callaban con expresión de alarma, como cogidas en una mala acción.

Cuando entró Lucas en casa de Ragú, vió á Josina sentada, cosiendo, delante de una ventana. Pero la labor se le había caído sobre las rodillas, y ella soñaba, tan abstraída, que no le oyó siquiera, mirando algo lejano. Él contempló un instante sin acercarse. Ya no era la niña infeliz, azotacalles, muerta de hambre, mal vestida, el pobre rostro, de miseria, de cabellera enmarañada. Tenía veintinueve años y estaba adorable con su sencillo vestido de tela azul, fino; de talle esbelto y delicado, mas no flaco, como

sus hermosos cabellos, cenicientos, ligeros como seda, que eran cual floración delicada de su rostro delicioso, un poco largo; con sus ojos azules, rientes, boca pequeña, con frescura de rosa. Estaba en su cuadro propio, en aquel comedor tan limpio, tan alegre, con muebles de pino barnizado; la habitación que prefería en su casita, donde había entrado tan contenta, y que hacía tres años tanto se complacía en cuidar y embellecer. ¿Con qué soñaba Josina, así pálida y triste? Cuando Bonnaire había decidido á Ragú á seguirle, juntándose á los compañeros de la Crecherie, se había creído ella libre de toda pena.

En adelante tendría una casa agradable, el pan asegurado y á Ragú corregido, en cuanto no hubiese los disgustos de la fábrica. Y la buena suerte no se había desmentido; había acabado por casarse con ella, ante el deseo formal de Sœurette, sin que Josina sintiese con tal matrimonio la alegría que hubiera tenido al principio de sus relaciones; ni había aceptado siquiera hasta después de consultar con Lucas, que seguía siendo su dios, el salvador, el dueño; y en el fondo de su corazón estaba oculta la alegría divina, la emoción que había sentido al pedir tal permiso, en el minuto de angustia que adivinó en Lucas antes de que él se resignara á consentir. ¿No era aquella la solución mejor, la única posible? No podía casarse más que con Ragú, ya que éste quería. Lucas había tenido que parecer contento, en bien de ella, conservándole el mismo afecto después del matrimonio, mirándola sonriente siempre que la encontraba, como para preguntarle si era feliz. Y Josina sentía el pobre corazón desesperado, deshecho con no saciadas ansias de cariño.

Tembló levemente, saliendo del ensueño como advertida por un soplo, y se volvió y reconoció á Lucas, que sonreía afectuoso é inquieto.

—Hija mía, vengo porque Ragú asegura que están ustedes muy mal en esta casa, que está expuesta á todas las corrientes de aire de la llanura, y que el viento ha roto

otros tres vidrios en la ventana de su cuarto de ustedes.

Le oía ella sorprendida y confusa, sin saber cómo ni decir lo contrario que su marido, sin mentir.

—Sí, señor Lucas; se han roto unos cristales, pero no estoy segura de que haya sido el viento. Verdad es que cuando sopla de esa parte, nos toca á nosotros.—Temblaba su voz, y no pudo contener dos gruesas lágrimas que rodaron por sus mejillas. Ragú había sido quien, en un arranque, había roto los cristales, queriendo tirarlo todo por la ventana.

—¿Llora usted, Josina? Vamos, hable, confiésete conmigo. Ya sabe que soy su amigo.

Se había sentado cerca de ella, muy conmovido, participando de su pena; pero ella ya había enjugado las lágrimas.

—No, no; no es nada. Dispéñeme usted; es que me encuentra en un momento malo; cuando iba á perder la cama y atormentarme.

En vano luchó ella; tuvo que confesar. Ragú no se abataba en aquel medio de orden, de paz, de esfuerzo lento y continuo hacia una existencia mejor. Parecía tener una nostalgia de la miseria, del sufrimiento, de aquel salario de que había vivido, murmurando contra el patrón pero acostumbrado al yugo de la esclavitud, consolándose en la taberna, con la embriaguez, en una rebeldía de palabras impotentes. Echaba de menos los talleres negros sucios, la guerra sorda con los jefes, las riñas estrepitosas con los compañeros, todos aquellos abominables días de odio que acababan, en casa, pegando á la mujer y á los hijos.

Había empezado por burlarse y llegaba á las acusaciones llamando á la Crecherie gran cuartel, prisión, en que no había ninguna libertad, ni la de beber un vaso de más, ni á mano viene. Hasta lo presente, no se ganaba más que en el Abismo, y había una porción de cuidados, la inquietud de que aquello no marchase y no hubiera nada que cobrar, el día del reparto de los beneficios. Hacía dos me-

ses corrían muy malos rumores, se decía que aquel año había que apretarse el vientre, por causa de la compra de máquinas nuevas. Sin contar con que los almacenes cooperativos funcionaban á menudo mal: á veces le mandaban á uno patatas, cuando se había pedido petróleo, ó le olvidaban á usted, y tenía que volver al despacho de distribución antes de verse servido. Y se burlaba, se enfadaba y llamaba á la Crecherie sucia barraca, de donde pensaba escapar en cuanto pudiera.

Hubo un silencio penoso; Lucas estaba sombrío, pues había alguna verdad en el fondo de tales recriminaciones. Era el rechinar inevitable de la máquina nueva todavía; y sobre todo los rumores que corrían, las dificultades de aquel año, le afectaban tanto más, cuanto que temía verse, en efecto, obligado á pedir ciertos sacrificios á los obreros para no comprometer la prosperidad de la casa.

—¿Y Bourrón grita con Ragú, no es eso?—preguntó,—pero ha oído usted quejarse jamás á Bonnaire?

Con la cabeza contestó Josina que no. En esto, por la ventana abierta se oyeron las voces de las tres mujeres que seguían en la acera. Debía de ser que la Pelos, olvidada de todo, chillaba con su afán continuo de alborotarse y morder. Si Bonnaire callaba, como hombre reflexivo, cuya razón consentía en las largas experiencias, su mujer bastaba para amotinar á todas las comadres de la naciente aldehuela. Y volvió á verla Lucas entristeciendo á la Fauchard, anunciando la ruina próxima de la Crécherie.

—Entonces, Josina,—añadió lentamente,—¿no es usted feliz?

Quiso ella protestar de nuevo.

—¡Oh! señor Lucas, ¿cómo no he de serlo cuándo tanto me ha hecho usted por mí?

Pero las fuerzas la hicieron traición; otras dos lágrimas asomaron á sus ojos, resbalando por las mejillas.

—Ya lo ve usted, Josina, no es usted feliz.

—No lo soy, es verdad; pero ni usted puede hacer nada,

ni tiene la culpa. Ha sido para mí como un Dios. Que hemos de hacer. Si nada puede cambiar el corazón de ese desdichado... Vuelve á ser malo, ya no aguanta á Nanet; anoche por poco lo rompe todo; y me pegó porque decía que el niño le contestaba de mala manera... Déjeme usted, señor Lucas. Estas son cosas mías, y le prometo atormentarme lo menos que pueda.

Los sollozos entrecortaban sus palabras temblorosas que apenas se entendían; Lucas, impotente, sentía crecer en él la tristeza. Toda la mañana alegre, se obscurecía; sentía el hielo de un soplo de duda, perdía la esperanza que era su fuerza y su alegría, él tan valiente. Cuando las cosas obedecían, cuando el buen éxito material parecía asegurarse, ¿no podría cambiar á los hombres, desenvolver en los corazones el divino amor, la flor fecunda de bondad, de solidaridad? Si los hombres permanecían en el odio, en la violencia, su obra no se cumpliría; y ¿cómo despertarlos á la ternura, cómo enseñarles la felicidad? Aquella querida Josina que había ido á buscar tan abajo, que había salvado de tan atroz miseria, era para él la imagen de su empresa. Esta no se cumpliría mientras Josina no fuese feliz. Era la mujer, la mujer miserable, la esclava, la carne de trabajo y de placer, cuyo salvador había soñado ser él. Por ella y para ella, sobre todo, entre todas las mujeres, se levantaría la ciudad futura. Y si Josina seguía siendo desgraciada, era que todavía nada sólido se había fundado, que todo había que hacerlo todavía. Previo en su enojo días de dolor, tuvo la neta sensación de que una terrible lucha iba á empeñarse entre el pasado y el porvenir, y de que él mismo dejaría en ella sus lágrimas y su sangre.

—No llore usted, Josina, valor; yo le juro que será usted feliz, porque es preciso para que todo el mundo lo sea.

Había dicho esto tan cariñosamente que pudo hacerla sonreír.

—Valiente lo soy, señor Lucas, bien se que no me abandonará usted y que acabará usted por vencer, porque usted es la bondad y el valor. Esperaré, se lo juro, aún que tenga que esperar toda la vida.

Era como un compromiso, un cambio de promesas en la esperanza de la dicha futura. Lucas se puso en pie, le cogió las manos apretándoselas, y sintió que ella también oprimía las suyas; no hubo entre ellos más caricia que esta, esta caricia de algunos segundos. ¡Que sencilla existencia de paz y de alegría se hubiera podido vivir en aquel reducido comedor, con muebles de pino barnizados, tan risueño y limpio!

—Hasta la vista, Josina.

—Hasta la vista, señor Lucas.

Se volvió él á casa, siguió por el terraplen por cuyo fondo pasaba el camino de Combettes, cuando otro encuentro, el último, le detuvo un instante. Acababa de distinguir al señor Jerónimo en su cochecillo que empujaba un criado, que iba á lo largo de los terrenos de la Crêcherie. Esta aparición le recordó otras repetidas de este anciano enfermo, en este coche, sobre todo la primera, cuando le había visto pasar por delante del Abismo, mirando, con sus ojos claros, los edificios ahumados y resonantes de la fábrica en que él había fundado la fortuna de los Qurignon. Pasaba ahora por delante de la Crêcherie, miraba sus edificios nuevos y que alegraba el sol, con los mismos ojos claros que parecían vacíos. ¿Porqué se había hecho llevar hasta allí dando una vuelta entera, como para un examen completo? ¿Qué pensaba, qué juzgaba, qué comparación quería establecer? Acaso era una casualidad aquel paseo, el capricho de un pobre viejo que volvía á la infancia. Y mientras el criado caminaba más despacio, el señor Jerónimo levantaba su ancho rostro, de grandes facciones regulares, rodeado de grandes cabellos blancos, con aire grave é impasible, examinándolo todo, no dejando pasar ni una fachada, ni una chimenea, sin un vistazo,

como queriendo darse cuenta de este pueblo nuevo que brotaba así junto á la casa que él mismo había creado en otro tiempo.

Hubo un incidente que impresionó á Lucas. Otro viejo, también enfermo y que arrastraba las piernas hinchadas, venía por la carretera al encuentro del cochecillo. Era el tío Lunot, grueso, de carnes fofas y pálidas que seguía con los Bonnaire y que los días de sol daba cortos paseos por delante de la fábrica. Al principio, debilitada la vista, no debió de reconocer al señor Jerónimo. Luego, sobresaltado, se apartó, se arrimó á la pared como si el camino no fuera bastante ancho para dos; y alzando su sombrero de paja se inclinó saludando profundamente. Era el homenaje que prestaba al antiguo Qurignon, al patrono fundador, el primero de los Ragú, asalariado y padre de asalariados. Trás él, años y siglos de trabajo, de sufrimiento, de miseria, se inclinaban en este saludo tembloroso. Al pasar el amo, aún herido por el rayo, el viejo esclavo que tenía en la sangre la cobardía de las servidumbres seculares se turbaba y se inclinaba. El señor Jerónimo no le vió siquiera. Pasó con su aspecto de ídolo pasmado, continuando el exámen de los talleres nuevos de la Crécherie, tal vez sin verlos.

Lucas se había extremecido. ¡Había que destruir aquel pasado! ¡Había que arrancar del hombre viejo aquella cizaña molesta y venenosa! Miró á su pueblo que apenas salía de la tierra, comprendió con qué trabajo, en medio de qué obstáculos crecería y prosperaría. Sólo el amor y la mujer y el niño acabarían por vencer.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO
II

En los cuatro años que la Crécherie llevaba de vida, un odio sordo subía de Beauclair contra Lucas. Primero había sido un asombro hostil, bromas maliciosas; pero en cuanto se había lastimado los intereses había aparecido la cólera, la necesidad de defenderse con furia, con toda clase de armas, luchando contra el enemigo público.

La primera alarma se produjo sobre todo en los comerciantes al por menor. Los almacenes cooperativos de la Crécherie, objeto de burlas cuando se abrieron, prosperaban. Poco á poco adquirirían parroquianos, no solo entre los obreros de la fábrica, sino entre todos los vecinos que se asociaban. No hay que decir si los antiguos proveedores se asustaban ante esta terrible competencia con aquellas nuevas tarifas que bajaban el precio de los artículos en una tercera parte. Era la lucha imposible, la ruina á corto plazo, si aquel Lucas de maldición llegaba á vencer con su desastrosa idea de querer que la riqueza estuviese mejor repartida y que, para comenzar, los humildes de este mundo pudiesen vivir mejor. Los carniceros, los especieros, los panaderos, los taberneros, iban á verse obligados á cerrar las tiendas ya que se podía pasar muy bien sin su mediación, evitando dejarles entre las manos un dinero inútil. Abominación, gritaban, la sociedad crujía y se desmoronaría el día en que ellos no pudieran agravar con sus ganancias de parásitos la miseria de los pobres.

Los Laboque, quincalleros, antiguos buhoneros de feria que habían llegado á tener una especie de gran bazar en la esquina de la calle de Brias y de la Plaza de la Alcal-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"